

FLORY STELLA BONILLA GAMBOA. Costarricense. Máster en orientación por la Universidad de Western Michigan y especialista en psicología del desarrollo por la Universidad de Harvard. Actualmente profesora en la Facultad de Educación de la Universidad de Costa Rica.



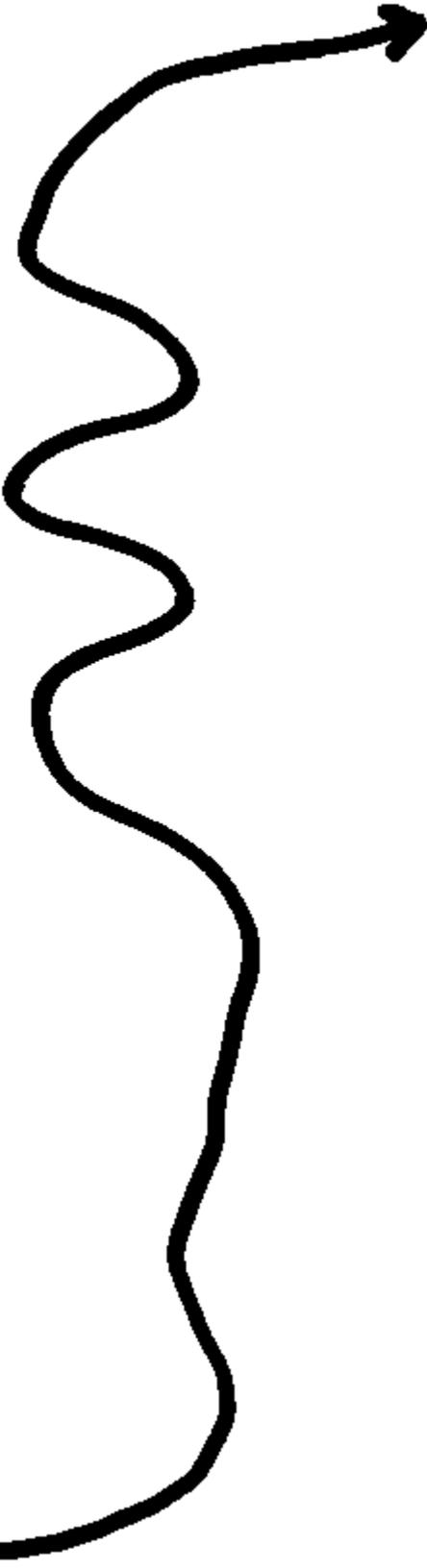
**EN EL PUENTE
CUANDO NADA SUCEDE**

FLORY STELLA BONILLA GAMBOA

Dicen que hay cosas que no se pueden ocultar en un pueblo chico y así es. Me enteré que el asunto lo habían comentado ya dos o tres señoras. La verdad que eran más de dos o tres, pues mi amiga Hellen lo escuchó en la fraternidad a que pertenece. Yo por supuesto le dije que no, pero desde ese día ella me comenzó a mirar en esa forma en que miran los niños a la maestra que les tira las orejas. Desde ese día también insistió más en que yo me viera con el pelirrojo Mike, y yo no sabía ya qué excusa dar. La situación se ha complicado cada día más, pues para tormento mío, varios compañeros continúan invitándome, y por supuesto cada vez yo tengo algo diferente que hacer, pero el repertorio está casi agotado. Hellen se ha ido alejando más y más, hasta que precisamente esta mañana me comunicó que había encontrado un cuarto más barato y que se mudará, lógicamente. Yo muy bien sé la causa y no es asunto de dinero; la dejaré ir, porque ya no soy capaz de hacer otro esfuerzo. La repulsión es más fuerte que mi voluntad: es un sabor nauseabundo en la punta de la lengua, y un escalofrío de horror nublándome la vista.

La última vez que me vi forzada a hacerlo, lo recuerdo muy claro, el vértigo que anuló mi conciencia cuando acercó a mi rostro su cara brillante, seguido del sudor frío que me empapó la frente, fue ya el acabóse. Cierta que mi prima y su novio, que estaban al extremo del zaguán se estaban besando en una forma que me ponía los pelos de punta, y que tuve miedo de sólo pensar que mamá abriera la puerta y los viera en aquel abrazo sofocante —creo que por eso me desmayé— pero también de asco a la piel resbalosa. Esa fue la última vez, y desde entonces la gente me mira de reojo, y las amigas de Hellen se sonríen cuando paso.

En fin, no era para tomarlo tan a pecho como lo hizo Hellen, pues cualquier chica tiene derecho a quedarse en su casa en vez de ir a una fiesta con hombres, si eso es lo que le place. Yo, por ejemplo, sé que nací para vivir sola, en una casa cómoda y llena de ventanales, para mirar los sauces y las calas que pienso plantar formando un círculo. Sólo quiero estar tranquila, trabajando en algún centro de investigaciones botánicas todo el año, para al final tomar dos semanas de descanso e



irme al campo, a reír con la furia de los musgos húmedos, con el olor de azahares recién abiertos, y con el revoloteo de abejones zumbando como en una mañana de mayo. Es todo lo que pido, y liberarme del pánico helado y sordo a todo comentario que me producen esos seres. Quiero dejar correr por mis venas únicamente el ansia agri dulce que me embarga cuando me dejo acariciar por el agua fría del río, o cuando me interno en un bosquecito sombrío, de árboles verdes y corpulentos. Puedo cerrar entonces los ojos y sentir el pulso agitarse y palpar bajo mi piel, con una tibieza sensual que no cambio por ningún otro placer.

Por eso en este atardecer no pude resistir más el deseo de ir a contemplar el paisaje nocturno desde el puente solitario. Había dado mi examen parcial de Fisiología Vegetal y estaba segura de obtener un buen resultado. Si así sucedía sólo me quedaría un semestre para obtener el grado, e irme a cualquier ciudad grande a conocer la vida de hormiga, la soledad profunda y la lucha implacable contra el tiempo. Me resultará difícil ambientarme, después de estar acostumbrada a caminar sola por la orilla del río y a sentarme en una piedra a mirar la llegada de la noche, pero ¿qué puedo hacer? La vida está llena de compromisos y si quiero conocer el vértigo de las grandes ciudades, tendré que renunciar por un tiempo a la frescura y al silencio imponente de una luna plateada. Además, no sé por qué, pero en mis horas de insomnio, cuando sin querer pienso en esos seres y a la boca me suben burbujas amargas, sueño que estoy entre edificios altos, y que no los veo por ningún lado, no como entre los árboles y el río donde me acechan. Alentada por este deseo de alejarlos de mi vida, he enviado ya varias solicitudes de trabajo, además que tengo la esperanza de que si aún los rascacielos austeros no borran de mi mente sus ojos y las babas de su boca, en una ciudad grande será más fácil ocultarlo.

Caminé dos cuadras desde la sala de clases aspirando el aire frío del invierno que se acercaba ya y mi pecho se inflamó de ansias de vivir. Todas las noches iba al mismo lugar y, oculta por la oscuridad, trataba de adivinar en cada rostro femenino el cambio sufrido en el puente. Fue así como comprobé que las mujeres que lo cruzaban llevaban los ojos llenos de lucecitas de ilusión y, cuando llegaban al otro extremo, sus ojos se habían apagado. Y no era simplemente imaginación mía porque bien que me las agencí para mirarlas de cerca una noche cuando iban a cruzarlo y otra noche cuando, al extremo opuesto, lo terminaban. Fue una tarea difícil, de muchos días y horas de vigilancia y

quietud, pero al fin estuve segura. No les dije nunca nada, pues no se dieron cuenta de que las miraba, pero las comprendía. También yo había muerto al cruzar, en la misma forma que ellas, aquel puente colgante.

Bajé los escalones de tierra y luego pisé la alfombra de hojas amarillas y rojas que el viento había formado, donde se ahogó el ruido de mis pasos con un sonido semejante al que produce una cucharada de azúcar en una taza de té caliente. Llevaba las manos en los bolsillos de mi abrigo azul y el pelo suelto cuando dí el primer paso en el puente angosto, de unos cuarenta metros de largo, que a esa hora de la tarde parecía un negro laberinto. Sentí deseos de cerrar los ojos y dejar el viento azotar mi cabello, y lo hice. Fue al abrirlos bruscamente, horrorizada por el contacto tibio y resbaladizo de unos brazos que me sujetaron, que lo vi. En la oscuridad sus ojos relampagueaban y la boca entreabierta botaba babas y un torrente de sonidos entrecortados. Grité con todas mis fuerzas, pero el murmullo del agua que al fondo chocaba contra las rocas, se tragó mis sollozos. Me revolví tratando de recuperar las manos que tenía presas en los bolsillos, pero sus brazos sudorosos me apretaron más fuerte llevándome hacia el suelo. Cerré los ojos y me mordí los labios en el último esfuerzo por liberarme, pero todo fue imposible. Por un momento sentí mi cuerpo ceder en el vacío, para empezar el torbellino de odio y repulsión que vivo cada vez.

CUANDO NADA SUCEDE

No había flores, ni verde, ni sol, porque el campo estaba absolutamente blanco, cubierto de una nieve inmaculada y tersa. Yo apreté la bufanda de lana contra mi cara, de tal forma que el aire que respirara no estuviese tan frío, y seguí caminando lentamente, mientras observaba el partirse silencioso de la nieve al hundir mis pies en ella. Dejaba unas huellas negras que seguían detrás de mí. No se oía ni un murmullo, pues el viento parecía haberse tranquilizado después de una noche de furia.

Miré hacia adelante del camino y supe que iba hacia allí, dispuesta a enfrentarla al fin, después de tantos años evitándola. Los pinos se mantenían erguidos, con una ligera escarcha sobre sus hojas siempre en guardia, y no demostraban haber vibrado en muchos años, ni haber probado aquel sabor a vida que un día les mostré.

Nada especial sucedía. En efecto, lo especial era que nada sucedía. Pensé que no podría escribir un cuento así, mejor dicho lo sentí, porque el cerebro era una masa

amorfa que ni siquiera pensaba. Simplemente estaba ahí, esperando que algo sucediese. A pesar de la nebulosa sensación, seguí avanzando hacia el lugar, porque había llegado el momento. No era como lo había imaginado en todos esos años dispersos, en que rodé de burbujas de dicha a otras de tedio y de vergüenza, pero era el momento. Nadie me lo dijo: yo lo sentí con el frío, con la paz silenciosa de esta tarde en que nada sucedía.

Varios años atrás, parecían cientos de años, había pasado por el mismo sendero, llevando la alegría en los ojos, en la piel, en el vientre, en mí toda, porque iba conmigo. Pero no era entonces invierno, sino primavera y los petirrojos picoteaban las yemitas tiernas mientras los muchachos reían. Esa tarde fue hermosa y me dije que ahí moriría por placer, y juré morir antes que olvidarlo todo. Pero mayo pasa, y el viento arranca cada año las hojas doradas que un día vuelven a nacer.

Continué mi camino sin ninguna emoción, sin llanto, ni apuro. Los pinos estaban lo mismo, y el viento descansaba como en otros inviernos. Los petirrojos ya habían emigrado y no había risas colgando en los pinos, ni palabras de amor arreboladas entre las corolas. Esta vez yo iba sola, por mi gusto, sin que nadie me hubiese llamado. No sentía nada, ni siquiera me irritaba el frío porque la piel ya estaba insensible, pero supe que años atrás las venas se arremolinaron de angustia al no tener suficiente espacio para dejar correr aquel, entonces, impetuoso torrente de sangre enamorada. Supe, como si fuese hoy mismo, sólo que esta vez carente de emoción, que quedaban unos cortos quince metros de aquel camino estrecho, porque repentinamente se abriría a un espacio plano, rodeado de pinos y en cuyo centro quedaba la piscina, seguramente ahora invisible bajo la nieve. Ya estaba muy cerca. Un imán desconocido me llevó ahí en mi juventud, y viví plenamente esos meses, pero me alejé burlando el mandato de la vida, huyendo quizá por cobardía hacia otros mundos que me prometieron más. Pero ese mismo imán, sin decirlo a mi oído, sin dejarse vocalizar alguna vez, me atraía ahora de nuevo, sin ningún sentimiento, sin ninguna alegría ni dolor. Iba seca por dentro. Iba ausente y helada, sin pensar lo que haría, pero apretando fuertemente con mi mano derecha el puño negro que se confundía con el guante, como si fuesen un solo objeto.

En el centro del campo nevado me detuve. Debajo, tal vez a poco menos de treinta centímetros, estaría el agua quieta, sin memoria, esperando que el sol derritiera la nieve. Recordé aquellos meses vividos, y supe que al fin había acudido a la cita nunca concertada. Contuve por un instante la respiración. Un segundo después una mancha tibia y roja comenzó a crecer sobre la nieve y el blancor resaltó con un contraste fantasmal, mostrando por un momento algo diferente en aquel paisaje que año tras año se repetía hasta el hastío. En la quietud de la noche que empezaba, cuyo silencio no había sido interrumpido ni por un grito de dolor, el puño negro resbaló de mi mano sin ruido ni brillo metálico porque aún no había salido la luna.



Vicesimumquintum Ca-
pitulum De decem
virginibus ut Sicut

le est regnum celorum decem virgini-
bus que accipientes lampades suas
erectur obuiam sponso et sponse

Vicesimum sextum Capitulum
Satis quia post biduum pascha
fiet et dies festus iudeor

Vicesimum septimum. Capit-
ulum **S**ane autem factu ne
venit iudei consilium ut traderet
ihou

Vicesimum octavum
Capitulum

Sepete autem sabbati q
Incessit **D**e resurrectione cr-
isti

